

ramas femeninas y masculinas de las órdenes religiosas, así como la generada por la ortodoxia y la heterodoxia. De este modo, podemos entender porque se promueve una serie de crónicas contra los cátaros, que ayudan a fijar la ortodoxia dentro de un paradigma aceptado y promocionado por aquellos que gozaban del poder en aquel momento histórico concreto.

En fin, este libro, cuyo contenido es de gran densidad por la información que aporta, ha sido editado con el mayor cuidado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona, y es un ejemplo de equilibrio empírico e interpretativo, pues aunque su autora parte de un esquema organizativo claro, se deja entrever que ha sido lo suficientemente flexible para permitir que los materiales utilizados doten de lógica, cronológica y factual, sus resultados. No me queda sino felicitar a la profesora Jiménez Sureda por el trabajo realizado y esperar que pronto nos ofrezca el segundo volumen.

Maximiliano BARRIO GOZALO
Chiesa Nazionale Spagnola di Roma, Italia

MORADIELLOS, Enrique (dir.), *Las caras de Franco. Una revisión histórica del Caudillo y su régimen*, Madrid, Siglo XXI, 2016, 286 págs.

Sobre la figura de Francisco Franco, enjuiciada desde una perspectiva histórica se ha escrito mucho, por lo que debe resultar una tarea comprometida el revisitarle tratando de ofrecer un enfoque original e intelectualmente exigente, a la par que atractivo para el lector, no necesariamente el especialista. Unos retos que este libro cumple, denotando además una considerable coherencia, pese a ser una obra colectiva, pero donde los diferentes ensayos demuestran por regla general que siguen unas pautas previamente fijadas y reflejan su origen en un proyecto de investigación bien dirigido y ejecutado.

El desglose del caudillaje de Franco en la pluralidad de facetas que lo componen buscando profundizar en cada una de ellas y poner la marca de autoridad del especialista es el objetivo primordial de este libro, que se complementa con otros capítulos no menos interesantes que se ocupan de examinar cómo se construyó o llegó a diluirse el carisma de Franco en la fotografía, la prensa o la literatura, o cómo el no carisma o el antimito del dictador se fue elaborando en los escritos de los exiliados españoles.

Enrique Moradiellos, además de una muy pertinente introducción en la que señala que el objetivo del libro es ofrecer una reconsideración historiográfica más solvente, objetiva y documentada del general Franco en su dimensión pública y privada y de recordar los hitos básicos de su trayectoria vital, firma un largo ensayo sobre la transformación de Franco en *caudillo*, un término del que por vez primera

se hizo un uso público en el *Boletín Oficial del Estado* de 28 de septiembre de 1937, pero que venía arropado por un intenso martilleo en la prensa, la radio y hasta en las paredes de los edificios (en este caso, mediante plantillas que imprimían la efigie de Franco acompañada de un texto que rezaba: “Franco. Caudillo de Dios y de la patria...”). Pero la atribución al general de dicho calificativo, si reflexionamos sobre el régimen que construyó y que perduró durante tanto tiempo, tiene un significado que trasciende la efusión retórica y patriótica, ya que terminó designando una magistratura superior y la concentración de todos los poderes estatales en una sola persona, de manera vitalicia y sin limitación temporal. La condición de “caudillo”, pues, convirtió a Franco en el órgano auténticamente soberano del nuevo régimen, construido durante la Guerra Civil.

Las transformaciones del vocablo desde sus orígenes en las guerras de la independencia americana a su retorno a la Península y su final apropiación, ya en el primer tercio del siglo XX, por los círculos políticos y periodísticos de la derecha para designar a los jefes militares victoriosos en la guerra colonial llevada a cabo en el norte de África y cómo acabó singularizándose en la figura de Franco desde su exaltación a la jefatura del Estado y del ejército, constituye otra interesante dimensión de su ensayo, lo mismo que su repaso a las culturas políticas de la derecha liberal para poner de manifiesto cómo, durante la Guerra Civil, la doctrina del caudillaje, que necesariamente tenía que personalizarse en un militar, fue uno de los principales puntos de convergencia para todas ellas (en ese sentido, el autor define a dicho conflicto armado como “tiempo matriz del caudillaje franquista”). Sin olvidar el importantísimo componente religioso, católico, como prueba el que, muy rápidamente se transitara hacia la fórmula de “Caudillo por la gracia de Dios”. Su trabajo se completa con una aportación, de carácter teórico, sobre el carisma y la legitimidad política sobre lo que se teorizó mucho en la Europa del período de entreguerras (Max Weber, Carl Schmitt...), pero también en la España franquista, donde sobresalió la contribución del catedrático de derecho político, Francisco Javier Conde.

Manuel Ros Agudo, un buen especialista en el primer franquismo firma un competente trabajo en torno a la dimensión crucial de Franco en tanto que militar, “aspecto esencial de su identidad, y la base de su poder político”. Un poder, conviene señalarlo, que concibió siempre como mando. El ensayo, que sigue los pasos de Franco desde su ingreso en la Academia Militar de Toledo, enjuicia de manera ponderada, pero también muy expresiva toda su carrera en tanto que soldado provisto, desde la Guerra, de poderes excepcionales pero cuya concepción del mando no encajaría en modo alguno con el liderazgo fascista. El trabajo aporta datos y valoraciones novedosas en torno a la conducción de dicho conflicto, la eventual entrada de España en la II Guerra Mundial, o la descolonización de las posesiones españolas en África que terminaría con la vergonzante pérdida del Sáhara Occidental tras el episodio de la *Marcha verde*.

La historiadora italiana Giuliana di Febo, gran conocedora del franquismo y específicamente de su vertiente religiosa y nacionalcatólica contribuye a este libro con una aportación en torno a la construcción del carisma religioso durante la Guerra Civil ya que, como señala, la reconfiguración del golpe de estado del 18 de julio de 1936 en clave redentora y salvífica proporcionó en buena medida el trasfondo para la legitimación del Caudillo como jefe providencial y restaurador de la civilización cristiana. Resultaron de gran ayuda, a este respecto, toda una serie de escritos (libros de Millán Astray, de Joaquín Arrarás, artículos en la revista jesuítica *Razón y Fe...*) en que la presentación de Franco como un cruzado llamado a llevar a cabo el rescate religioso de España remataría su trayectoria bélica remachando una vertiente, la católica, muy importante en la construcción de su carisma y del régimen que estaba por construir. Un proceso que se vuelve más inteligible si se relaciona con los esfuerzos del cardenal primado, Isidro Gomá, por asegurar la estructuración del nuevo régimen en un sentido confesional y por contrarrestar las aspiraciones totalitarias de Falange (resulta expresiva, a este respecto la gestación del *Fuero del Trabajo*, tras una intensa negociación entre Gomá y dicha formación política).

Joan María Thomàs se centra en la dimensión del dictador en tanto que jefe nacional del partido único, Falange española tradicionalista y de las JONS, un cargo que añadió, en 1937, a los que ya ostentaba de Generalísimo y Jefe del estado, sin que eso autorice, en su opinión, a definir a su régimen como fascista. El autor se interroga sobre los motivos que le impulsaron a la creación de dicho partido que se produjo tras el ensayo y descarte de otras fórmulas en los primeros tiempos de la Guerra decantándose finalmente, con el concurso imprescindible de su cuñado, Ramón Serrano Suñer, por recrear en España el modelo de los regímenes amigos, nazi y fascista, por cuanto eso le proveería de una base de masas adicta a su persona. Por ello procedió a *incautarse* de Falange, tratando de integrar en ella, por medio del decreto de unificación de abril de 1937, al resto de sectores civiles y militares sublevados el 18 de julio. La actuación de Franco como jefe nacional del nuevo partido es objeto de estudio en la última parte de este capítulo.

Mario P. Díaz Barrado se ocupa de estudiar al Franco fotografiado y filmado, no sin antes justificar la pertinencia así como las especificidades que el uso de la imagen conlleva de cara a ofrecer una perspectiva nueva para el conocimiento del régimen. Es decir, lo que le importa sobre todo es presentar una propuesta metodológica con vistas a explicar las posibilidades que la imagen puede ofrecer al historiador. Y que son interesantes como se aprecia en el recorrido que efectúa por varias imágenes que corresponden a otras tantas etapas en la trayectoria de Franco hasta su presentación propagandística como un líder carismático, como el caudillo o, en la última fase de su vida, como “un abuelo casi entrañable”.

El estudio de la construcción de ese carisma mediático es el objeto de la aportación del especialista en historia de la prensa, Alfonso Pinilla García. Lo hace estu-

diando varias de las cabeceras más significativas de la prensa diaria franquista, distinguiendo tres fases en este asunto: la primera, correspondiente a los años de la Guerra Civil, en la que se dio la conversión de un general prestigioso en Caudillo de España por la gracia de Dios (la creación del carisma, pues); una segunda que correría entre los años 1940 y 1959 en la que tuvo lugar, parafraseando a Max Weber, la “rutinización del carisma” y una última, que se ajusta a los años 1960-1975, en la que se habría producido su disolución.

José Antonio Rubio, por su parte, se ocupa de cómo la figura de Franco fue tratada por parte de los opositores al régimen que, antes que como caudillo nimbado de cualidades carismáticas, lo enfocaron como un tirano cruel, esforzándose por crear el “antimito” de Franco. El rastreo en los orígenes familiares poniendo de relieve sus supuestos traumas o su mediocridad para encontrar la clave de su personalidad, o los lugares comunes de toda esta literatura, como la caracterización del dictador en base a la frialdad, la impavidez, la perfidia, la crueldad, la astucia, el desmedido apetito de poder, etc., constituyeron temas o enfoques recurrentes de un tratamiento que pecó de maniqueo y caricaturesco, además de ser excesivamente personalista (un rasgo inducido por el personalismo de la propia dictadura).

Mario Martín Gijón se ocupa del tratamiento que ha hecho la literatura de la figura de Franco y que habría transitado desde la mitificación a la desmitificación. Lo primero lo pone muy bien de manifiesto el autor al compulsar la abundante literatura hagiográfica que floreció durante la guerra y la inmediata posguerra que se esforzaron por caracterizar al general como un carismático juvenil y hasta risueño (¡) dictador fascista (el tópico de la sonrisa de Franco, que encuentra su forma más canónica en el soneto de Manuel Machado: “Francisco Franco”), enlazándole con figuras de significado tan diverso como Jesús o El Cid. Mientras que en la literatura del exilio, habría coincidencia en presentarle como un traidor (así, el largo romance compuesto por José Bergamín). En cambio en la producción literaria posterior a su muerte, ya en democracia, su figura y la de su régimen, han sido poco visitados, deteniéndose, no obstante el autor en algunos textos que le parecen significativos, como *Las lágrimas de Franco*, de José Antonio Lago (2007).

El libro se completa con una aportación de Manuel Melgar, director del Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca en el que da cuenta de los documentos que el dictador guardaba en su despacho, así como de otros en que su figura está presente de una forma u otra resaltando el interés, aparte de los llamados *papeles de Franco*, de los fondos, imprescindibles para el estudio de la guerra y del régimen, que se custodian en el Archivo general militar de Ávila o de los del propio Centro de Salamanca. El trabajo se revela como de gran utilidad para los investigadores del franquismo.

Rafael SERRANO GARCÍA

Instituto de Historia Simancas - Universidad de Valladolid